



## Introducción.

**D**ESDE que se iniciaron las obras del Saneamiento de la ciudad de México, aprecié en toda su extensión la importancia que para la arqueología y la historia debían tener las excavaciones que se practicarían á distintos niveles y profundidades de la capital, pero esperé que los trabajos se acercaran á la zona en que estaba ubicado el templo mayor de Tenochtitlan para intervenir de un modo enteramente directo en las operaciones que debían ejecutar los contratistas y subcontratistas de la gigantesca obra.

Al terminar la calle de Santa Teresa, ya para entrar á la de las Escalerillas, dirigí la siguiente comunicación (Doc. N. 1) á la Secretaría de Justicia é Instrucción Pública, de quien dependo como Inspector de los monumentos arqueológicos de la Nación, solicitando me autorizase para que con carácter oficial defendiese los intereses científicos, que á mi juicio debían de ser cuantiosos, dada la grandeza pasada del sitio á donde se iba á operar. Digo defender los intereses científicos, porque aunque dura la frase es la apropiada, pues los tesoros de inestimable valor que debían descubrirse, caían al dominio de negociantes que no miraban más que su interés pecuniario, pasando como el caballo de Atila, destruyendo todo aquello que les estorbaba en su camino.

Desde luego el Supremo Gobierno, valorizando la trascen-

dencia de la autorización que le había pedido, me la concedió en la forma que á continuación se expresa. (Doc. N. 2.)

No puedo dejar de mencionar tres nombres que la historia y la arqueología universal deben recoger como salvadores de los cuantiosísimos tesoros que debidamente catalogados entregué al Museo Nacional. Estos nombres son el Gral. D. Porfirio Díaz, Presidente de la República, que decididamente apoyó estos trabajos; el entonces Sr. Ministro de Justicia, Lic. Don Joaquín Baranda, quien sostuvo verdadera lucha para que las exploraciones se llevaran á cabo, y el del Lic. Ezequiel A. Chávez, Jefe de la Sección de Instrucción Superior y Profesional, que se distingue siempre en hacer todo género de esfuerzos cerca de sus jefes para empujar el avance de la arqueología.

Al cumplir con mi deber en esta comisión, tenía que luchar con muchos elementos en contra.

El primero era el de los contratistas del Drenaje, que, como negociantes, sólo atendían á sus intereses, y más de una vez en el curso del tiempo que permanecí en aquel sitio, desde el Director General de las obras del Saneamiento, hasta el último empleado de la contrata, me decían que ellos no daban importancia á esas cosas, que lo que les interesaba era que las obras no se interrumpieran.

Esta lucha motivó que la respetable Junta Directiva de las obras del Saneamiento elevase comunicación á mis Jefes, formulando responsabilidades terribles si continuaba allí, porque aseguraban, que ponía en peligro inminente de destrucción las valiosas fincas de la calle de las Escalerillas y aún á la catedral.

Pero el señor Presidente de la República, con la frialdad y el buen sentido que le caracteriza, y el empeño decidido que había mostrado el Sr. Baranda para llevar á cabo tan importante empresa, nombró al reputado Ingeniero y Arquitecto D. Guillermo Heredia, para que examinase mis trabajos y emitiese dictamen acerca del peligro en que, según la Junta, ponía yo las propiedades sitas en esa calle.

Afortunadamente el informe del técnico (Doc. N. 3) fué favorable á la Inspección de monumentos, y el Primer Magistrado de la República, autorizó que se prosiguieran las investigaciones arqueológicas. Continuó la lucha y seguí adelante, no sin dejar de tener todos los días un nuevo encuentro con los intereses heridos por el azadón explorador.

El segundo enemigo á quien tenía que combatir, era la plaga del reportismo, que con el ahinco de llenar columnas, revestían sus periódicos de fantasía, haciendo con esto grave perjuicio á la verdad histórica, al grado de que me ví obligado á ordenar á la policía no dejara acercarse á los trabajos á muchos que representaban, según decían, periódicos de la capital. Por supuesto que la medida de orden, dictada en beneficio de la verdad, me valió el que algunos de estos gambusinos del periodismo recorrieran las redacciones de ciertos diarios del cuarto poder, para transmitirles consejos respecto de los horrores que estaba cometiendo el Inspector de monumentos, que, según aseguraban, lo habían visto con esos ojos que debían comerse la tierra, fabricando torres y objetos de oro que enterraba para hacer creer al público que habían pertenecido al mismo dios de los infiernos.

En cambio, ciertos periódicos serios como *El Imparcial*, *El Tiempo*, *El Correo Español* y *El País*, procuraban en forma correcta, dar la noticia fiel á la verdad.

El tercer enemigo era el estado de infección en que se encontraba el suelo donde se hacían las exploraciones, pues además de ser muy estrecha la zanja y casi siempre á cinco metros de profundidad, llena del lodo podrido del subsuelo, la humedad eterna de las filtraciones y la afluencia de los albañales y demás derrames de las casas, hoteles y fonduchas de ambas aceras de la calle, hacían verdaderamente pavoroso, para los tímidos, aquel lugar; no se oía otra palabra que el tifo, al grado de que un erudito doctor en medicina, etc., etc., que tuvo el valor de acercarse por unos minutos al borde del cavernoso canal, por supuesto tapándose las narices, me increpó, diciéndome que dejara todas esas

cosas enterradas y no expusiera á la ciudad á los desastres de una epidemia segura.

En el opúsculo titulado «Las excavaciones en el sitio del templo Mayor de México,» publicado por el Dr. Seller, en la décima línea de la primera página dice: «A causa de estos hallazgos se excitó el interés de los círculos científicos y de toda la ciudad de un modo notable. Este interés dió un resultado feliz, pues el Gobierno Mexicano acordó que tanto los eruditos como los empleados correspondientes vigilasen los trabajos de la canalización, con el fin de que no perdiesen los operarios, por su inadvertencia, los objetos que se encontraren, y para que no se deteriorase ningún monumento.»

Se ve que el Sr. Seller escribía su opúsculo algunos miles de kilómetros distante del teatro de los hechos, para asegurar inexactitudes como la que acabo de referir. No, señor Doctor, nadie más que yo y mi hijo Salvador Batres, permanecimos dentro del zanjón cuidando los intereses científicos y dirigiendo las exploraciones, desde el mes de Septiembre hasta fines de Diciembre, quedándonos casi siempre adentro desde las seis ó siete de la mañana hasta las once, doce y una de la noche, y á veces sin tomar alimentos, porque si abandonábamos por un momento la vigilancia personalísima, se corría el peligro de que se perdiesen para siempre los tesoros que se iban salvando.

Los únicos que penetraron á visitar los trabajos, sin preocuparse del peligro, fueron el Sr. Lic. Joaquín Baranda, Ministro entonces del ramo, acompañado del Sr. José Méndez Estrada, el Sr. Ministro de Gobernación, General González Cosío, el Sr. General Jesús Lalanne y su hijo, el Sr. General Clayton, Embajador de los Estados Unidos, el Sr. Antonio García Cubas, el Sr. Lic. Ezequiel A. Chávez, el Sr. Arquitecto Guillermo Heredia, el Sr. Sánchez Santos, director de «El País,» el Sr. Eugenio Parrodi, y en los últimos días de los trabajos, el Profesor Marshall H. Saville; pero los eruditos y sociedades científicas, como les llama el Dr. Seller, ni siquiera se acercaron al te-

rreno, pues como eruditos fueron prudentes y se reservaban el derecho de hacer avanzar después la ciencia, aún sin haber visto los monumentos, iluminando al mundo con sus eruditas disertaciones.

LEOPOLDO BATRES.

NOTA: El Sr. Ingeniero Olivares, Inspector General de las obras del Saneamiento, ha tenido la bondad de proporcionarme los datos relativos á las observaciones técnicas de ingeniería, hechas por la oficina de su cargo en la calle de las Escalerillas.